

Zoila Fuenfría

A diferencia de la tía Cándida, que era enormemente detallista y gustaba de aderezar sus trabajos con infinidad de pormenores que para el gusto de la señora de Ramírez — y a juzgar por el talante sobrio que la caracterizaba del que ya se ha hecho mención en algún lugar de estas páginas — ha de suponerse que serían calificados de enteramente accesorios, Zoila tenía tendencia a resumir bastante llegando a veces a extremos tales como omitir, “¡en el mismo cuerpo de un mismo texto!” como exclamaba escandalizado el señor Cremades — que bastante complicada tenía el hombre la vida para que viniese ella a complicársela más con sus imprecisiones — la presencia de una tal Balbuena que sería todo lo arisca que se quisiese, y no juntarse con nadie, y tener una conversación muy limitada, pero allí estaba, adornando, poniendo con sus lamentaciones un toque del color enfermizo del talante suyo a unas tardes que, sin su presencia, habrían sido solamente bucólicas, dulzonas puede que en exceso, impregnadas de un olor a malvarisco, o a genciana o a azahar, que podía llegar — en su opinión de hombre pragmático versado apenas en la jardinería — a resultar mareante.